

Crónicas de Roma

Por RAUL SILVA CASTRO de la Academia Chilena

Disciplinadamente, cada vez que viaja Pedro Lira Urquieta anota sus impresiones, para verterlas en seguida en crónicas periodísticas y aun en libros. Es así como han salido al encuentro del lector unos cuantos volúmenes que llevan aquella firma y en donde se nos informa de lo que el autor vio y oyó más allá de las fronteras de su patria.

Esta vez, sin embargo, el caso no es ciento por ciento el mismo. "Crónicas de Roma" (editorial Andrés Bello), el nuevo libro que Pedro Lira incorpora en sus nóminas, adquiere una dimensión diferente. Bajo el nombre, por ejemplo, se nos recuerda que el cronista fue un día Embajador de Chile ante la Santa Sede y entonces venimos a captar en el texto la diferencia. No se tratará esta vez sólo de las emociones del viajero, a quien pasajes diversos y gentes nuevas halladas al paso despiertan tales y cuales reacciones de la sensibilidad humana. Se tratará de eso y también de la vida interna de la Iglesia, sobre la cual tuvo el escritor chileno ocasión de sondear no pocas cosas útiles. Le interesan, por ejemplo, los sacerdotes obreros (p. 171), es decir, aquellos personajes híbridos que reemplazan la sotana severa y respetable por el rústico overol, y tanto mejor si sobre él se dejan caer, intencionalmente, algunas manchas de aceite. Le interesa, asimismo, y acaso por encima de todo, la existencia del Papa, es decir, el soberano ante cuyo gobierno estaba el acreditado como embajador. El esplendor de la corte, la riqueza de la arquitectura del palacio, la variedad, insignie y no

igualada de las colecciones de libros, cuadros, esculturas, bronces, bajorrelieves, muebles, piedras preciosas, todo ello ha pasado frente a sus ojos no de mero turista sino de personaje titulado ante quien abría tal, conforme protocolo, los sujetos vaticanos. Y como esta pompa está amenazada de pronta destrucción, vale la pena conservar el testimonio de un espectador a quien nos agrada seguir en sus evoluciones por ser de los nuestros, esto es, porque en su curiosidad y en el estilo de su observación hallamos algo que con él nos empatía y une.

Hay escenas de viva emoción. "El helicóptero que condujo al Papa llegó a Orvieto a las cinco de la tarde — escribe el que entonces era embajador. Una hora después en llegar a la Catedral el cortejo" (p. 182). El pontífice romano descendiendo de un helicóptero no deja de ser estampa curiosa; pero ella indica que la Iglesia no renuncia ni ha renunciado ni renunciará a ninguna de las adquisiciones del progreso. Y si hace uso de la imprenta para promulgar sus órdenes y recomendaciones, de la radio para alcanzar hasta la masa del más humilde menestral, ¿por qué no empleará la aviación con sus motores zumbadores y bombas para que el Papa abrevie el tiempo de su desplazamiento y pueda aprovechar mejor el de que dispone para su visita?

Pero hay más en aquella escena. "Estábamos — escribe el abonado testigo — al lado del alcalde de la ciudad, adornado con su faja tricolor. Nos dijeron que era comunista, pero ello no impidió que asistiera a

toda la función y que acreditado entregara al Papa un artístico obsequio" (p. 183).

Debe creerse que esto de imaginar a un comunista de rodillas ante el Papa compone un cuadro casi suprarrealista. ¿De dónde ha podido inventar tal cosa el autor de este libro? Y no, acaso no haya inventado nada. Pudo ocurrir, tal vez, que el comunista italiano, por lo menos el alcalde de Orvieto, vive inmerso en un mundo preñado de históricas reminiscencias, en donde la convivencia humana estrechísima de ciudades, aldeas y campos impone esta forma de mutuo respeto y de aislamiento a las jerarquías que se llamo brevemente tolerancia. Ahora, lo que el autor no dice, está porque nadie se lo comentó, es que aquello de ponerse de hinojos un comunista ante el jefe de la Iglesia Católica puede no haber estado bien en Moscú, y que una sutil censura, así tan sutil como el famoso "ventrilo" de la ópera, haya eliminado de ese cargo al prosternado alcalde para sustituirlo por otro más fino, menos reverente y menos condescendiente con la potencia a la cual la doctrina marxista ha declarado guerra a muerte y radical exterminio.

De esta viola enemistad entre la Iglesia, que aspira a calmar los dolores humanos, y la ideología que procura exacerbarlos para que sean otras tantas palancas que remuevan el estado social presente, el señor Lira Urquieta naturalmente no dice nada. Su misión es otra. Su misión fue, primero, representar con dignidad a Chile, su patria, ante un soberano extranjero, que es, al mismo tiempo, jefe espiritual de una

gran porción de la humanidad viviente y dispersa en más de cien naciones, y, segundo, darnos algo de lo que vio, oyó y vivió en Roma, en general, en el Vaticano en especial y en otros sitios de Italia hasta donde pudo alcanzar.

El peregrino colidano, así obligado, que hace cualquier ser humano desde el sitio de su residencia hasta aquel, en el cual debe llenar algunos deberes, aparece aquí acompañado de evocaciones gráficas (p. 161). El cronista revela estudio cuando se pone a resumir las "Tendencias del eclesiología tridentina" (p. 57), y cuando, en otras páginas, nos informa sobre algunas de las divergencias del P. Teilhard de Chardin (p. 77). El libro, en suma, es una miscelánea en donde el autor no temió tocar diversos asuntos, en el entendimiento de que así serviría mejor al lector lejano e incógnito.

Soy uno de ellos. Leo libros a portía, en todas las horas posibles; los leo, y anoto algo de ellos; el cuervo y sabio estilo, la lengua rica y variada, el pensar profundo, la ilustración robusta y orgánica; los leo, y en sus meandros y en sus rincones recuerdo siempre algo, en donde la memoria hará su obra. Buscaré la porta en la paja, para admirarla, y no dejaré de notar la mancha en el cristal, si de verdad ella empuja la transparencia virginal que le conviene poseer.

Y como tal lector, agradeceré a Pedro Lira Urquieta el nuevo presente que hace a las letras chilenas, sus "Crónicas de Roma", serenamente dispuestas, pensadas con elevación y estritas para satisfacción de todos cuantos buscan en la letra impresa el secreto de las cosas.

Crónicas de Roma [artículo] Raúl Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas de Roma [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile